

# Siento, escribo... Luego existo

## Lección inaugural del programa virtual de Literatura de la UNAB Primer cuatrimestre 2011

Por: Betsimar Karina Sepúlveda Hernández  
Gestora cultural, poeta venezolana y estudiante del programa  
de Literatura

*“Hace poco me enteré de ciertas investigaciones científicas de dos prestigiosas universidades norteamericanas, en donde se ha detectado que nuestro planeta posee un núcleo interno de hierro candente que gira más de prisa que la espesa costra de la tierra y de manera casi independiente. Creo que es lo que ocurre con la escritura. El acerado corazón calienta hecho de palabras, se libera de ataduras lógicas, de la cordura racional y elabora su propia dinámica...”*



Quien haya sentido en sus manos la telúrica sensación de querer cambiar el infortunio, la identidad, el estado del cuerpo propio y del otro, la unidad por el todo o hacer de la simple gota del rocío un paisaje oceánico, sabe que Rubén Bareiro Saguier ha acertado sin las pretensiones biofísicas de los sabios de Harvard, acerca de ese oficio que se va haciendo a pulso diario, la escritura que trasmuta la volatilidad de lo vivido en los ilimitados terrenos de la imaginación, un mundo paralelo, con cartografía propia cuyas coordenadas podrían ser tan precisas como las del París de Cortázar. A quién de ustedes no le ha pasado alguna vez, querer perderse en las calles de la Praga kunderiana, o quién no sintió la humedad en sus huesos de la selvática quiroguiana, o un tímido deseo por rozar la piel de la Bella Remedios o el reposo ibérico bajo los olivares de Saramago? ¿Cuántas puertas podrían abrirse con un verso? Somos los habitantes privilegiados de esas pequeñas islas creadas, únicas, irrepetibles y aquí dejo que Eugenio Montejo se los diga de su propia voz:

Algunas de nuestras palabras  
son fuertes, francas, amarillas,  
otras redondas, lisas, de madera. . .  
Detrás de todas queda el Atlántico.

Algunas de nuestras palabras  
son barcos cargados de especias;  
vienen o van según el viento  
y el eco de las paredes.



Otras tienen sombras de plátanos,  
vuelos de raudos azulejos.  
El año madura en los campos  
sus resinas espesas.

Palmeras de lentos jadeos  
giran al fondo de lo que hablamos,  
sollozos en casa de barro  
de nuestras pobres conversas.

Algunas de nuestras palabras  
las inventan los ríos, las nubes.  
De su tedio se sirve la lluvia  
al caer en las tejas.

Así pasa la vida y conversamos  
dejando que la lengua vaya y vuelva.  
Unas son fuertes, francas, amarillas,  
otras redondas, lisas, de madera...  
Detrás de todas queda el Atlántico.

*“Detrás de todo queda el Atlántico”*, compañeros, profesores, hacedores de historias, testigos amorosos del crepitar de la palabra, tan necesaria como el fuego de los pobres. Que esta bienvenida sea la llama que pondremos donde dice paraíso, porque la creación no tiene límites. Cortázar alguna vez nos advirtió que la formación de nosotros mismos sería incesante, en la medida en que, crear es abrirse al mundo para regresar con un contenido cada vez más enriquecedor, como un proceso de respiración vital y espiritual que se traduce en una obra y que se apoya en ella para continuar el ciclo infinito, la gran aventura humana del arte y el pensamiento. Qué hermoso oficio el de crear, qué bella encomienda se nos ha entregado. Profesores y alumnos, transformemos nuestras circunstancias personales o sociales en obras extraordinarias. Porque ya lo dijo Octavio Paz: *“El hombre es el olmo que da peras increíbles”* o si lo queremos ver de manera más garcíaamarquiana, encantadora y mágica, vamos a crear, vamos a escribir “para que nuestros amigos nos quieran más”.